



Madeleine Delbrêl

“Mi vocación es vivir la presencia de Dios en la vida ordinaria entre gente que no cree”

Madeleine Delbrêl nació en Mussidan (Francia), el 24.10.1904, hija de Jules Delbrêl, empleado ferroviario, y de Lucile Junière, de una familia de fabricantes de velas.

Por el trabajo de su padre, la familia llega a París cuando ella tenía 13 años. Su padre frecuenta el círculo de amigos de Montaigne. Ella se aficiona a la música y la literatura, con su amiga Hélène Jung asiste a las clases de Léon Brunschvicg en la Sorbona.

A los 17 años admite que es atea. Tenía a su alrededor muy pocos cristianos. Sus camaradas, en cambio, planteaban brutalmente solo las dificultades que presenta una creencia. Poco después, a los 20, por frecuentar a su novio, que la dejó para ingresar con los dominicos, y las amistades de este, fue avizorando la “hipótesis-Dios”, que la llevó a rezar. Su pregunta se transformó; fue en ese momento también cuando, para ser fiel a su anti-idealismo, cambió lo que creía ser una actitud de simple detalle en su vida. Si quería ser sincera, como Dios no era rigurosamente imposible, no debería ser considerado como ciertamente inexistente.

Con ocasión de un encuentro, oye hablar de Teresa de Jesús, la Santa de Ávila. Ella recomendaba rezar cada día, pensar silenciosamente en Dios durante cinco minutos. Los años siguientes incursionó en el movimiento scout. Poco a poco va descubriendo que su vocación es vivir la presencia de Dios en la vida ordinaria entre gente que no cree. De 1931 a 1936 sigue estudios de asistente social y prácticas en Ivry-sur-Seine. En 1933 decide irse a vivir con unas amigas a esa alcaldía del sur de París, gobernada y poblada por obreros comunistas. Madeleine estuvo involucrada en estos movimientos y en la crisis de los sacerdotes obreros de 1952-1954. En ese ambiente de negación de Dios trabaja como asistente social de la municipalidad hasta 1944. Seguirá viviendo allí el resto de su vida.

REFLEXIONES DE MADELEINE

“La conversión es un momento decisivo que nos aparta de lo que sabemos de nuestra vida para que, cara a cara con Dios, Él nos diga lo que piensa de ella y lo que quiere hacer con ella. En ese momento, Dios nos resulta sumamente importante, más que cualquier cosa, más que cualquier vida, incluso y sobre todo la nuestra”.

“Cada pequeña acción es un acontecimiento inmenso en el que se nos da el paraíso, en el que podemos dar el paraíso. Que importa lo que tengamos que hacer: tomar una escoba o una pluma, hablar o callar, zurcir o dar una conferencia, curar a un enfermo o escribir a máquina. Todo esto es solo la corteza de una realidad espléndida, el encuentro del alma con Dios renovado cada minuto, acrecentado en gracia cada minuto, cada vez más bella para su Dios.”

“¿Llaman? Rápido, abramos: es Dios que viene a amarnos. ¿Una información? Aquí está: Es Dios que viene a amarnos. ¿Es la hora de sentarse a la mesa? Vamos: es Dios que viene a amarnos”.



UNA INVITACIÓN A LA ALEGRÍA

«Señor, haznos vivir nuestra vida,
no como un juego de ajedrez
donde todo está calculado;
no como un partido donde todo es difícil;
no como un teorema que nos rompe la cabeza.
Sino como una fiesta sin fin
donde se renueva tú encuentro,
como un baile, como una danza,
entre los brazos de tu Gracia,
con la música universal del amor.
Señor, ven a invitarnos».



HAN DICHO DE ELLA:

- Me impresionó encontrar una mujer profundamente contemplativa viviendo en la vorágine de una ciudad como París, en un barrio obrero y marginal, una vida aparentemente corriente. ¿Quién era esta mujer que escribía divinamente, que trabajaba codo a codo con sus compañeros comunistas en el ayuntamiento de Ivry como asistente social, que era amiga y consejera de los curas obreros, y a la que algunos obispos pidieron su opinión en los trabajos preparatorios del Concilio Vaticano II?
- Comprendió que la Iglesia necesitaba urgentemente hablar el lenguaje de sus contemporáneos, conocer sus dolores y sus alegrías. Acercarse a ellos allí donde se encontraban, llevando el Evangelio no sólo con las palabras, sino con el testimonio y la bondad del corazón.
- Se la considera “patrona” de la nueva evangelización. En ella se unen, como en pocos testigos, la interioridad y la solidaridad, el enraizamiento en la propia fe y el diálogo y el amor hacia los que no la comparten; la soledad y una vida en común deseada y arriesgada.

EN LA MUERTE DE MADELEINE DELBRÊL

Cuando Madeleine muere, repentinamente sobre su mesa de trabajo, el 13 de octubre de 1964, en el aula conciliar, un laico -presidente de la JOC internacional- tomaba la palabra. Era la primera vez que se hablaba ante la Iglesia en nombre de los trabajadores cristianos que vivían en los barrios obreros de las grandes ciudades.

En la vida espiritual, una vez más, somos testigos de que no existen las casualidades. Fue su última aportación a la Iglesia, y de qué manera.

Madelein Delbrêl está en proceso de beatificación.